39

PRESENCIA



"NO LLEGO EL LEGADO"

Con este título, *El Líder*, del 19 del cte., publica un suelto en el que dice textualmente: "No ha llegado el legado papal. ¿Por qué? Pudo estar aquí para la celebración del 17. No ha llegado porque no ha querido llegar. Este era el comentario. Seguramente eran católicos los que lo hacían".

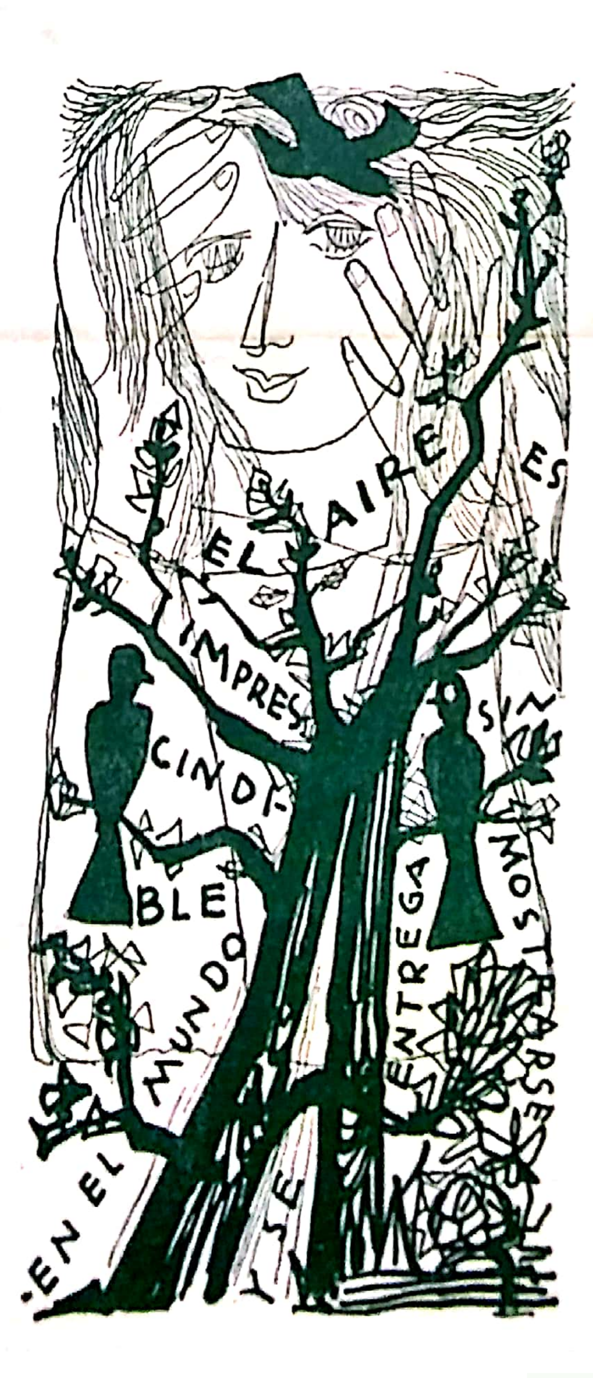
Y en estos términos, *El Líder*, vocero del ala más izquierdista del peronismo, intriga, al parecer, por cuenta de los católicos. ¿Y con qué propósito intriga *El Líder*?, se preguntará el lector. Porque lo obvio era que no llegara el Legado para el 17, sencillamente porque no venía para la celebración de esa fecha, sino para las grandes jornadas eucarísticas, que están teniendo lugar en la ciudad del Rosario, entre el 22 y el 29 de octubre.

Y hablemos claro. A *El Líder* y a los dirigentes sindicalistas revolucionarios que están militando en la Confederación General de Empleados de Comercio nada les interesa el peronismo en cuanto significa la lealtad al General Perón. Les interesa, en cambio, en cuanto el General Perón ha despertado la conciencia de las fuerzas obreras agrupadas en las organizaciones sindicales. Con todas las letras lo ha dicho el año pasado el ministro Borlenghi (*El Líder*, 6.12.49) al afirmar "la toma del poder por el pueblo, y a través de su líder el General Perón".

Para los elementos agrupados detrás de *El Líder* no interesa el General Perón encarnando la Nación Argentina sino que interesa la clase obrera organizada que pretende dominar y someter toda la vida argentina.

Aquí hay que buscar el secreto de las intrigas de *El Líder*. Sabe bien que, en última instancia, la fuerza que en nuestro país y en el mundo se opone verdaderamente a las ambiciones del materialismo proletario es la Iglesia del Papa que no adula a las muchedumbres sino que las ordena detrás de Aquel que todo lo vivifica.

PRESENCIA



BLASFEMIAS Y ESPIRITUS

Habíamos prometido ocuparnos hoy de señalar los lineamientos de un orden económico que, evitando las injusticias del capitalismo, no nos introdujera en la peligrosa senda del colectivismo. Pero la irrupción de blasfemias y espíritus que se ha producido sobre nuestra ciudad nos obliga a postergar aquel tema para decir una palabra que, aunque un tanto diferida, esclarezca la opinión de nuestros lectores.

Los hechos son sencillos. Una de las muchas sectas espiritistas que pululan en la ciudad ha desencadenado una vasta y costosa propaganda con carteles murales en las principales calles, grandes e iluminados anuncios en chapa metálica, en los puntos estratégicos de la ciudad, p. ej. en Primera Junta, José M. Moreno y Rivadavia, la curva de Liniers, volantes y obleas de aluminio repartidos a granel; con los que se invitaba a una conferencia pública en el Luna Park el domingo 15 de octubre a las 10 de la mañana. Pero lo peor era el texto de los carteles que parecía anunciar el tema de la conferencia. Estos decían así: "El espíritu se ve", "Dios no castiga" y "Jesús no es Dios".

Horrendas blasfemias. Blasfemia contra la divinidad de Jesucristo, blasfemia contra la divina Justicia que premia a los buenos y castiga a los malos, blasfemia contra la auténtica espiritualidad de Dios y del alma y que por lo mismo no puede ser vista con ojos corpóreos. El carácter blasfemo de los carteles queda perfectamente configurado si tenemos en cuenta que en la doctrina de Santo Tomás hay blasfemia cuando se niega acerca de Dios lo que le conviene y se afirma lo que no le conviene (II. II. 13, 1). La blasfemia es el mayor y más horrible de todos los pecados y en ella ha de consistir la eterna y desgraciada ocupación de los condenados. (*ibid.* a. 3 y 4).

Esas blasfemias inscriptas en cartelones en los lugares más concurridos de la ciudad constituían un agravio para la fe de los católicos, una ofensa a la nacionalidad que se formó en el respeto de la tra-

AÑO II - Nº. XXXIX

dición católica y una injuria a la ciudadanía que entre nosotros supo guardar respeto por los altos valores de la Religión. Pero, en este caso, había algo que añadía especial gravedad a estas públicas e insólitas blasfemias. Porque la osadía y audacia con que ellas se exhibían, ponían en evidencia que la responsabilidad no recaía tan sólo en la minúscula secta organizadora del acto sino en las mismas autoridades edilicias, que aparecían amparándolas. Hecho grave e insólito. Sobre todo si se tiene en cuenta que en el actual régimen constitucional, en virtud del art. 83, el Sr. Presidente de la República "es el jefe inmediato y local de la Capital de la Nación", esta insultante propaganda blasfema alcanzaba también la responsabilidad del Primer Magistrado.

Nos lamentamos muchas veces de que el sentido católico no esté suficientemente vivo como para adoptar con presteza la actitud que corresponde. Pero en este caso era de tal magnitud la desafiante campaña de blasfemias que las organizaciones juveniles católicas de la ciudad se pusieron en movimiento, por su propia cuenta, para desagraviar al Señor ofendido. Por mucho que el indiferentismo y liberalismo religioso hayan adormecido las conciencias, no se podía echar en el olvido aquello que San Juan Crisóstomo comenta, a propósito de las tentaciones con que el diablo atacó a Nuestro Señor. Advierte allí que cuando el diablo dijo al Señor, *Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo*, éste no se turbó ni increpó al diablo. Pero, en cambio, cuando el diablo usurpó para sí el honor de Dios, Jesús se exasperó y lo rechazó diciendo: *Apártate de aquí, Satanás*. Y añade San Juan Crisóstomo: "para que nosotros aprendamos de su ejemplo, a llevar con magnanimidad las injurias que contra nosotros se hacen, pero a no tolerar, en cambio, las que se hacen contra Dios: porque digno es de alabanza ser paciente en las injurias contra uno mismo, pero disimular y tolerar las hechas contra Dios, sería en extremo impío". (*Catena Aurea*, in Mt. cap. 4).

Los jóvenes católicos sintiéronse compelidos por imperativos ineludibles a reaccionar contra el insulto inferido por estos nuevos impostores que, sumándose a la larga serie de prevaricadores que encabezan Caifás, Cerinto y Arrio, pretenden, con sus estridencias infernales, acallar los himnos jubilares con que en el cielo se celebra el "reinado sobre el mundo, reinado por los siglos de los siglos" (*Apoc.* XI, 13) de Aquél que es Dios de Dios, Luz de Luz, Dios Verdadero de Dios Verdadero.

Digna del mayor encomio la actitud de los jóvenes que se hicieron presentes en el Luna Park para rebatir la osadía sacrílega de los abyectos espiritistas. Burlesca parodia la de éstos al ampararse bajo el General San Martín, para proferir públicamente insultos sacrílegos, por los cuales el mismo San Martín, en la campaña de los Andes, ordenaba imponer "cuatro horas de mordaza atado a un palo en público por el término de ocho días" a quien se atreviese a proferirlas. Motivo de estupor el telegrama del señor Presidente, en el cual se adhería al acto espiritista en que se blasfemaba de Jesucristo. Inusitado el despliegue policial para amparar el vómito de blasfemias, que el mismo San Martín ordena castigar con un hierro ardiente atravesando la lengua de quien por segunda vez se atreviera a pronunciarlas.

Los espiritistas han agredido los más sagrados bienes por cuya defensa debe el hombre estar dispuesto a todo. No en vano ha dicho Jesucristo: *quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí... quien halla su vida, la perderá y quien pierde su vida por mi causa, la hallará*; (*Mt.* 10, 37-40). Y si han contado con el apoyo de la fuerza pública para perpetrar esta agresión, es porque la fuerza pública —obedeciendo no sabemos qué consignas ni qué propósitos— se ha convertido en pura fuerza, al margen de todo derecho que la dignifique y ennoblezca.

Sean los que fueren los motivos que pueden determinar a la fuerza pública a prestar protección a un minúsculo grupo sectario que reniega públicamente de la tradición católica de la Argentina, nuestra firme y decidida voluntad, ahora y siempre, debe ser decirle a Jesucristo, con las palabras de San Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"; porque como dice el Sr. Cardenal en el auto en que invita al público al desagravio por la horrenda blasfemia, "sean cuales fueren las circunstancias en que podamos encontrarnos, recordaremos la consoladora promesa de Nuestro Señor Jesucristo: "A todo aquel que me confesare delante de los hombres, yo también lo confesaré ante mi padre celestial". (*Mt.* X, 32).

Espíritus y espiritistas

Nos hemos referido a las blasfemias que la Escuela Basilio de los espiritistas profirió contra la divinidad de Jesucristo. Es claro que poco interés ofrece para este asunto que fuera la "Basilio" o la "Allan Kardec" de los espiritistas o cualquier otra secta de carácter impío. En uno y otro caso igualmente merecedora de reprobación era la insolencia y osadía. Sin embargo, puede ser oportuno decir una palabra sobre el espiritismo que con pretensiones de Escuela Científica y de culto se presenta en este caso.

En todo tiempo y lugar ha sucumbido el hombre a la tentación de comunicarse con los muertos. Pero sólo modernamente ha convertido esta pretendida comunicación en una práctica regular, obtenida por medio de determinados y seguros procedimientos. Sabido es que el espiritismo moderno comenzó el siglo pasado, en 1848 —año del socialismo y de la masonería, con quienes va siempre junto el espiritismo—, en Hydesville de Estados Unidos, cuando estando presentes las hijas de la familia Fox se producían golpes en las paredes, ruidos y movimientos de muebles. Partiendo de la hipótesis de que esos fenómenos debían atribuirse al espíritu de los muertos, que por medio de ellos entraban en comunicación con los vivos, se comenzó una serie de prácticas para obtener mensajes del mundo de los muertos. El elemento esencial de las reuniones espiritistas es el *medium*. El *medium* recibe de los presuntos espíritus de los muertos las comunicaciones o mensajes que estos envían a aquellos que recurren a consultarlos. Las respuestas se darían por medio de esos golpes.

Dos cosas deben distinguirse claramente en este asunto del espiritismo. Una son los fenómenos que se registran en las sesiones y otra, la explicación que de ellos dan los espiritistas. Que realizando cierto tipo de reuniones, a oscuras o en penumbra, un número determinado de personas que acude con el propósito determinado de recibir mensajes de seres de ultratumba y que para ello utiliza el intermedio de un sujeto dotado de cualidades psíquicas determinadas, se producen golpes, rotación de mesas, desplazamiento de objetos, se dejan oír cantos o sonidos de instrumentos, se materializan figuras de fantasmas, etc., no creemos que sea necesario ponerlo en duda. Verdad es que son tantos los engaños, habilidades y capciosas artimañas que han empleado y que emplean los espiritistas que habría derecho para poner en duda la seriedad de todos los hechos. Pero supongamos que estén éstos perfectamente comprobados. ¿Se sigue de allí que deban atribuirse a la acción de seres ultramundanos?

René Guénon, conocido orientalista, no católico, ha escrito con el título *L'erreur spirite* (Editions Didier et Richard, Paris, 1930) un importante libro que puede considerarse lo más serio producido hasta ahora en esta materia. René Guénon advierte que esos fenóme-

LA ENCICLICA MENTI NOSTRAE

S. S. Pío XII ha hecho conocer el 13 de setiembre la nueva y gran encíclica Menti Nostrae *sobre la santidad de la vida sacerdotal. Es un largo documento de más de once mil palabras, con el cual el Santo Padre, en recordación de sus bodas de oro sacerdotales, exhorta al clero del mundo católico a la santidad de la vida y del sagrado ministerio, teniendo en cuenta las situaciones de la vida moderna. En la imposibilidad de reproducir documento tan extenso, como serían nuestros deseos, vamos a trascribir la parte que en la versión italiana del* Ossevatore Romano, 25.9.50, *se publica bajo el título,* El clero y la cuestión social, *y que abarca apenas 245 palabras. Dice así:*

Con respecto a la doctrina social del tiempo presente se requiere asimismo rectitud de comportamiento.

No faltan algunos que frente a la iniquidad del comunismo que mira a arrebatar la fe a aquellos mismos a quienes promete la felicidad material, se muestran temerosos e inciertos; mas esta Sede Apostólica, en documentos recientes, ha indicado con claridad el camino a seguir, del cual nadie deberá alejarse si no quiere faltar al propio deber.

Otros se muestran no menos temerosos e inciertos frente a aquel sistema conocido con el nombre de capitalismo, cuyas graves consecuencias la Iglesia no ha dejado de denunciar. La Iglesia ha indicado no sólo los abusos del capital y del mismo derecho de propiedad que este sistema promueve y defiende, sino que también ha enseñado que el capital y la propiedad deben ser instrumento de la producción en ventaja de toda la sociedad y medio de sostén y de defensa de la libertad y dignidad de la persona humana. Los errores de los dos sistemas económicos y las dañosas consecuencias que de ellos se derivan deben convencer a todos y especialmente a los sacerdotes a mantenerse fieles a la doctrina social de la Iglesia y a defender su conocimiento y aplicación práctica. Sólo esta doctrina puede remediar los males denunciados y tan dolorosamente difundidos: porque ella armoniza las exigencias de la justicia y los deberes de la caridad y promueve un ordenamiento social que no oprima a cada individuo y lo aísle en un egoísmo ciego, sino que estrecha a todos en la armonía de relaciones y en el vínculo de la fraterna solidaridad.

A ejemplo del Divino Maestro, vaya el sacerdote al encuentro de los pobres, de los trabajadores, de todos aquellos que se encuentran en angustia y en miseria, entre los cuales hay también muchos de la clase media y no pocos hermanos en el sacerdocio. Pero no han de descuidar a aquellos que, aunque ricos en bienes de fortuna, son, sin embargo, más pobres de alma y tienen necesidad de ser llamados a renovarse espiritualmente para hacer como Zaqueo: "Doy a los pobres la mitad de mis bienes y si algo he quitado a alguno, le restituyo el cuádruplo" (Lc. 19, 8). En el campo de lo social no ha de perder de vista el sacerdote el objetivo de su misión. Con celo, sin temor, debe proponer los principios católicos sobre la propiedad, las riquezas, la justicia social y la caridad cristiana entre las diversas clases sociales y dar a todos el ejemplo manifiesto de su aplicación.

La realización de estos principios sociales cristianos en la vida pública corresponde a los laicos; y cuando no son capaces de ello toca al sacerdote formarlos adecuadamente.

nos de golpes, ruidos, desplazamiento de objetos, etc., no serían sino exteriorizaciones proyectadas, aunque inconscientemente, por el mismo *medium*. No hay motivo para afirmar que el hombre esté limitado, en cuanto a las posibilidades de su actuación, por su cuerpo y que no pueda sino actuar allí donde está su cuerpo. (*Ibid.* 103). Lo importante es advertir que cuando p. ej., la mesa o la bola de cristal, responde con más o menos acierto a las preguntas que se le plantean, no es ningún ser extramundano quien responde, sino el mismo *medium* quien da la respuesta; sacándola del propio subconsciente si actúa sólo, o reflejando y expresando el subconsciente de alguno o de varios de los circunstantes, si actúa acompañado. Está suficientemente comprobado que el *medium* es un sujeto excesivamente sugestionable, de una pasividad o receptividad extraordinaria. Actúa entonces a manera de un receptor que recoge las fuerzas turbias y oscuras de la subconciencia propia o de los que le rodean. De aquí que haya sido observada la estrecha semejanza que existe entre el *medium* de las sesiones espiritistas, el sujeto hipnótico y el sonámbulo natural. El conocido ocultista Papus advierte en su *Traité méthodique de Science occulte*, p. 874, que "una serie de observaciones rigurosas nos ha conducido a la idea de que el espiritismo y el hipnotismo no son dos campos de estudios diferentes sino más bien grados diversos de un mismo orden de fenómenos y que el *medium* presenta numerosos puntos comunes con el sujeto hipnótico".

El carácter puramente receptivo del *medium*, que recoge las influencias psíquicas que se ocultan en la subconciencia propia o en la de los que le rodean, se pone de manifiesto en las variaciones de las creencias espiritistas según sean las del ambiente en que se halle colocado el *medium*. Así p. ej., se ha advertido que los "espíritus" son poligamistas entre los mormones y neomaltusianos en otros ambientes de los Estados Unidos. En grupos en lo que domina la religiosidad, los "espíritus" invocados serán los de San Jenaro, o de los Apóstoles, o de la Virgen María; en otros, en los que se tienen veleidades literarias, serán Víctor Hugo, o Baudelaire, o Goethe. Es decir que las "comunicaciones" reflejan adecuadamente el medio ambiente en que se desenvuelve el *medium* y nunca rebasa su capacidad cultural. De aquí que ya ha sido observado cómo la manía de invocar a grandes figuras de la historia haya producido comunicaciones ridículas firmadas por Alejandro, César, Napoleón y aún por Cristo y la Virgen María. De aquí que Papus, haya indicado que cuando San Juan, la Virgen María o Jesucristo vienen a comunicarse, se ha de buscar entre los asistentes a un católico de quien ha salido la idea directriz. "Lo mismo que cuando, como yo lo he visto, se presenta d'Artagnan, inútil decir que se trata de un ferviente admirador de Alejandro Dumas". (*Ibid*).

Y advierte René Guénon: "Las comunicaciones más extravagantes por su contenido o por su supuesta procedencia merecen la más respetuosa y fervorosa acogida por parte de los espiritistas; estas gentes están completamente ciegas por sus ideas preconcebidas, y su credulidad no tiene límites. El hecho de aceptar las teorías espiritistas es prueba de imbecilidad o de ignorancia; los que están en el primer caso son incurables y no hay más que compadecerlos; en cuanto a los que están en el segundo, se puede hacerles caer en la cuenta de su error, a menos que éste haya impreso en ellos una irremediable deformación mental". (*ibid.* 147).

Así como la substancia del espiritismo es la imbecilidad e idiotez —y ya sería éste un peligro harto grave que nos debía hacer huir de él— hay en él otras taras que han sido comprobadas reiteradas veces. Papus en su *Traité élémentaire de Magie pratique*, p. 505, reconoce que la "práctica espiritista conduce a los *mediums* a la neurastenia pasando por la histeria"; que "estas experiencias son tanto más peligrosas cuanto se es más inconsciente y desarmado" y que "nada impide las obsesiones, las anemias nerviosas y los accidentes aún más graves"; y añade: "Personalmente, poseemos una serie de cartas muy instructivas, emanadas de *mediums* desgraciados que se han entregado con todas sus fuerzas a la experimentación y que hoy están obsesionados peligrosamente por los seres que se les han presentado bajo falsos nombres y acaparando personalidades de parientes difuntos".

Y el Dr. Lapponi advierte en *L'Hypnotisme et l'spiritisme*, pág. 270, que "el espiritismo presenta para la sociedad y para el individuo todos los peligros como también todas las consecuencias funestas del hipnotismo; y presenta otras mil mucho más deplorables". Es cosa notoria que la mayor parte de los *mediums* famosos, y aun de aquellos que han concurrido asiduamente a las prácticas espiritistas, han muerto locos o atacados de profundas perturbaciones nerviosas. Baste indicar que las hermanas Fox, las más antiguas *mediums*, fundadoras del espiritismo moderno, después de cuarenta años de comunicaciones con los "espíritus" han acabado locas incurables, declarando que la obra y filosofía de su vida entera no ha sido sino mentira y engaño.

Quedaría por considerar una última cuestión. ¿Tiene el diablo intervención en las reuniones espiritistas? Que en algunos casos muy especiales la tenga, no hay por qué ponerlo en duda. Pero tampoco hay necesidad de suponerla en las sesiones ordinarias. Demasiado inteligente es el espíritu diabólico para que emplee su tiempo en medio de gentes tan ignorantes y crédulas que con tan ridículas experimentaciones y teorías logran cabal convencimiento.

De lo que en cambio cuesta convencerse es qué motivos pueden haber movido al actual gobierno a prestar su alto apoyo a tan ridícula secta de ilusos, que extemporáneos prorrumpen en destempladas blasfemias. Pero los hechos allí están firmes e inconmovibles.

PRESENCIA

SONETOS

I

Ah! Que le temps vienne
Où les coeurs s'éprennent!

ARTHUR RIMBAUD.

Aquí vengo con todo mi desvelo
a velarlo en la noche que circunda
tu acariciable sien meditabunda
con la zozobra obscura de tu pelo.

Aquí traigo el atento desconsuelo
de mi flagrante corazón que funda
cada empujón de sangre en la rotunda
melena que lo trenza con tu cielo.

Aquí planto el clavel de mi bandera
en este disputado y memorable
cabello que te sirve de frontera.

Aquí surco por fin la despeinable
onda de tu inclemente cabellera
y la dejo transida y navegable.

II

Pera taon longo amor, taon curta vida.

LUIS DE CAMOENS.

Yo sé que hay otro mundo en que no he estado
nunca y en donde sin embargo vivo
vida más viva que en el fugitivo
mundo en que sobrevive mi cuidado.

En ese mundo tú, me lo has dejado
y tu vivir es un vivir cautivo
en este tuyo ya definitivo
mundo en que sobrevengo desterrado.

Así nosotros dos, nuestro incesante
ser el uno del otro fiel reflejo
y estar enamorados del espejo.

Y así nuestro vivir, vivir sobrante,
sedimento del tiempo que ya fuimos,
cenizas nada más, que revivimos.

III

Entretanto, el silencio era el silencio.

RICARDO GÜIRALDES.

Ya calla tu pupila, ya rezuma
su zozobra de pámpanos y poma,
ya tus luctuosos ojos de paloma
se pierden entre cárceles de espuma.

Ya diluye sus nardos, ya se esfuma
el contorno impalpable de tu aroma,
ya tu leve fragancia se desploma
por los blandos rebaños de la bruma.

Delirio tú de lirios, desvelada
esquivas mis memorias y los cielos
de este tiempo distante que te llora.

Y muere una paloma en tu mirada
de tu mirada herida y tus desvelos.
La niebla crece, crece y se demora.

AUGUSTO FALCIOLA



IES Y PUNTOS

LA GRANDILOCUENCIA Y LOS HECHOS

La tierra adentro es yerma de ideas en nuestra América, quizás porque hasta allí no llega el cordón umbilical europeo. En las selvas tropicales o en las frigidas mesetas no hay más que sentimientos, y aún éstos amortiguados; las teorías se desarrollan en las ciudades que comunican con la mar. Por eso el nacionalismo tuvo un origen porteño y por tenerlo pagó necesariamente su tributo al viejo Diablo *southamericano* que exige que las doctrinas se copien de lo que está a la moda sin vincularlas a la realidad circundante. No de otra suerte procedió la Asamblea del Año XIII, o el gobierno rivadaviano y su Congreso del año 25. También los liberales después de Caseros se enamoraron de formas extrañas y la constitución justicialista se parece demasiado a la francesa de 1947. Constante histórica enemiga, por cierto, a la vez de la originalidad y de la tradición.

Desde 1810 nuestro único gran problema es el de constituir una o varias nacionalidades en esta amplia América Española, ciertamente nuestra por *derecho* de conquista y por tanto sujeta en cualquier momento al contraste posible de una "Noche Triste". Las formas políticas, sociales o económicas podrán ser éstas o aquéllas pero lo importante no es ajustarlas a la perfección teórica sino fundarlas en las calidades personales de una clase dirigente capaz de sobresalir en los menesteres cotidianos y prosaicos, que lo demás vendrá por añadidura. Ha sido un acierto del nacionalismo señalar el rumbo de nuestro perfeccionamiento, que no ha de buscarse en modelos exóticos sino dentro de nuestra tradición católica y española. Pero fué un error el proponerse exclusivamente grandes fines, con descuido de los medios para conseguirlos.

Porque está muy bien hablar de grandeza nacional y de destinos geopolíticos, a condición de ocuparse previamente de mejorar el espíritu individual y colectivo. Recordemos que no hubo imperio de nuestro linaje sino cuando los Tercios eran militarmente mejores que cualquier ejército rival; que el Descubrimiento fué posible porque los andaluces del Condado de Niebla habían inventado las carabelas capaces de "barloventear por sus puntas y cabos" y que el Siglo fué de Oro cuando soldados veteranos y victoriosos tomaban la pluma, y la Iglesia, al par de humanistas, producía santos y misioneros.

Bastante de esto barruntaban los viejos sociólogos criollos. Sarmiento navegando un día por el Paraná, encuentra al inglés Carlos French en una canoa, en la que venía desde el Rosario para ganar la apuesta de llegar al Tigre en siete días. Y dice con entusiasmo deportista:

"Ahora medio siglo" (el artículo de *La Tribuna* es de 5 de enero de 1876), "un sentimiento de desprecio hacia la gente culta amotinó las turbas. *Cajetilla* era el apodo depresivo de la inferioridad física de la gente de ciudades vestida a la francesa. Quizá para rechazar este reproche nuestros demagogos vulgares nos llaman raza viril, pueblo viril y hablan de la toga viril cuando nos aconsejan hacer revoluciones". Y agrega recordando la generación anterior: "Antes montábamos a caballo a tomarnos por centauros. La diligencia, el tranway y el ferrocarril principiaron por alejar de nuestras manos las riendas del caballo y la generación presente o la que le suceda puede ser clasificada de *maturrangos* o *chapetones*". Pero advierte una reacción saludable porque "muchos jóvenes empiezan a hallar de mal gusto escribir o leer mentiras en los diarios patrioteros y se han provisto de botes unos, de canoas otros, de *piróscafos* algunos y prefieren tostarse al sol, remar bastante, y tener hambre y sed a fuerza de ejercicio... Vamos a navegar, a respirar, a ser libres, a ser pueblo *viril*".

Por aquella época, extendido como estaba el espíritu cipayesco, se creyó en que la inmigración *extranjera* contribuiría a mejorar las condiciones o virtudes que se insistía en desconocer a los españoles, como si jamás hubiese habido hegemonía hispánica de la Europa o conquistadores de Indias. Pero a la larga resultó arma de dos filos, pues, al no seleccionar los huéspedes acrecentamos las malas calidades del peor tipo de español sin aumentar sus virtudes. No discutimos la laboriosidad ahorrativa del sirio o del siciliano, pero casualmente proceden de dos pueblos que en tres mil años de historia no han podido constituir naciones sólidas y cuyos territorios fueron hollados por todos los conquistadores, lo que demuestra una falla en el carácter, o en la aptitud política o en el ánimo bélico que el genial Mussolini, en el caso de la "*Bassa Italia*" era el primero en admitir. Y sin embargo con los hijos de ellos formaremos el cuerpo electoral y las reclutas del ejército, y probablemente —si es que cuenta el factor hereditario— no habremos ganado, sino perdido, en eficacia nacional.

¿Será debido a esta nueva fisonomía que el palabrerío se difunde en el país al par de la chapucería? Es interesante comprobar que el gran período argentino, del noventa al novecientos diez y seis, es contemporáneo con la madurez de los hijos de inmigrantes venidos hasta el año setenta, esto es, cuando además de españoles, llegaban vascos de allende el Bidasoa, bearneses, británicos de los tres reinos, italianos del Po para arriba y alemanes. Inmigración excelente por su afinidad de principios morales con la clase culta a cuyo contacto, en la pequeña ciudad de entonces, el recién venido tomaba dócilmente los hábitos del verdadero argentino al punto que Levalle y Campos llevaban la misma pera y Burmeister prefería Buenos Aires a Berlín.

Se oye hablar mucho de la carencia de hombres concientes y responsables en el país. Por lo mismo, visto el fracaso de los nuevos aportes humanos, todo el conato de los reformadores debe concretarse,

DESDE

Estimado director de PRESENCIA:

Las naciones y los hombres, aunque esencialmente históricos, no escapan en sus procesos vitales a ciertas determinaciones científicas.

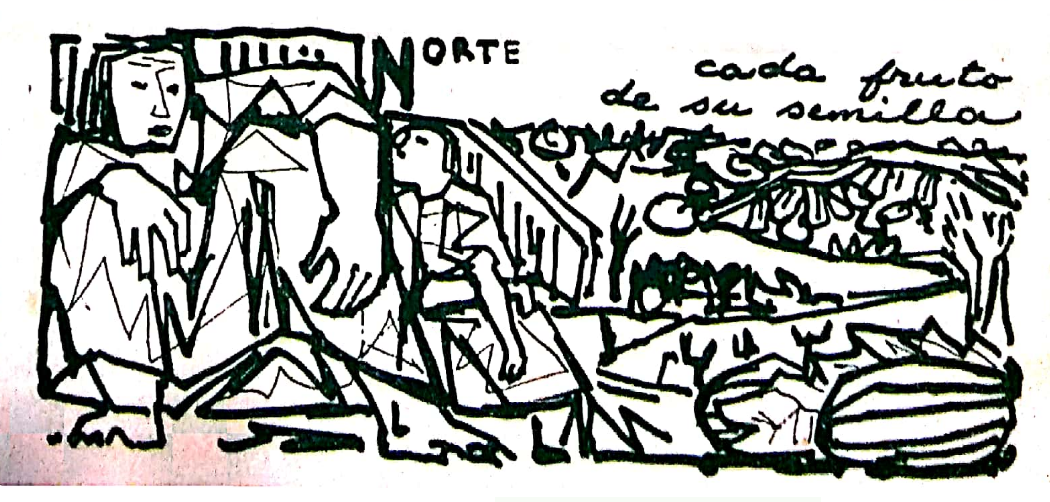
¿Es que los pueblos tienen acaso vida subconciente?

El estudio del alma humana, durante los últimos tiempos viene sugiriéndolo. Desde Freud hasta Spengler, innumerables experiencias adjudican a los resortes individuales del hombre una jurisdicción colectiva; no deteniendo sus observaciones en el contorno de la persona, sino proyectándose en la realidad social de una manera u otra.

Especialmente dentro de estos casos, es interesante comprobar que en países donde el poder está centralizado y polarizado en un solo hombre que asume el consenso popular las reacciones personales se traducen a generales y viceversa, en un constante ir y venir cuyo control sólo conocen quienes tienen innata vocación de políticos.

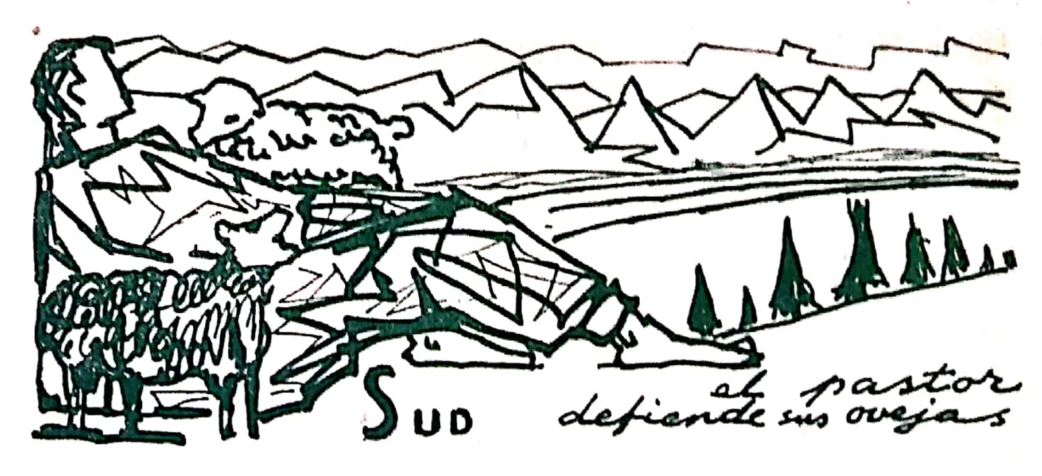
Por todo esto no hallo tan insólitas las palabras con que el doctor Fritz Künkel en su "Introducción a la Caracterología", al referirse a una etapa del desarrollo de la personalidad —el paso de la armonía primaria a la armonía autónoma— se explaya en las notas que la configuran, hablando figuradamente del niño como si se tratara de un Estado.

P. H. R.



no sólo a la perentoria reforma de la política inmigratoria, sino también a corregir defectos individuales dejando de lado tiquismiquis doctrinarios. No se trata, claro está, de sustituir la fraseología altisonante acerca de un heroísmo siempre futuro por la mera bulla y movimiento con aire de labor eficaz, porque no hay que confundir el mal de San Vito con vitalidad. Se trata de huir de la farsa y de hacer las cosas seriamente, o sea meditadamente, y de poner el acierto ejecutivo y el ánimo levantado en los hechos y no tanto en las ideas; ni mucho menos en las palabras.

HERNANDO SUÁREZ SANABRIA



ESPAÑA

Dice así la página de Künkel mencionada:

"El vive espontáneamente como si de hecho persistiera el vivir en esa armonía primaria. Pero, en realidad, la unidad de la tribu se ha disuelto ya en unidades familiares, el Estado se ha descompuesto en provincias soberanas. El descubrimiento de este hecho es sentido como un traición contra la unidad superior, pero la única posibilidad de componérselas con esa traición consiste en declararse a su vez soberano. Hacia dentro se forma una constitución, hacia afuera se practica una política, cuyo sentido último se ha de buscar en la conservación de e s a soberanía. Realmente, los comportamientos tan a menudo contradictorios de los adolescentes, se dejan siempre interpretar unívocamente como intentos de defender sus derechos soberanos.

No obstante todo esto, pronto se ve que incluso la soberanía no existe realmente, sino que es únicamente un truco político. Se obra como si se fuera soberano y no se atreve uno ni siquiera a confesarse a sí mismo que no es soberano. De esta situación resulta que necesariamente los otros estados soberanos deben reconocer esa independencia solamente proclamada. Toda la política, pues, tenderá a demostrar una y otra vez, a los otros, que se posee una independencia que en realidad no existe. Toda la acción del Estado ha de ser cuidadosamente examinada por lo que toca a sus efectos en la política exterior. En cada paso que se da se tiene atención al juicio que los vecinos se van a formar sobre ese paso. El vecino que en un tiempo dado es el más importante, pasa a ser "persona referencial", y lo que hace unos momentos aparecía como soberanía, aparece ahora c o m o subalternidad. Cuanto más importancia se da a la apariencia de soberanía, tanto más se es dependiente de la opinión de los otros. Y, realmente, la conducta de los hombres, frecuentemente hasta su edad madura, se deja interpretar en el sentido de una política al modo dicho. Su carácter se nos representa entonces algo así como la suma de las premisas históricas y condiciones de su política.

De ese fin político absurdo, de mantener la soberanía de un Estado subalterno, resulta finalmente la alternativa siguiente: o dicho Estado acomoda sus fines políticos a la realidad, o tiene que perecer.

El que osa dar el último paso, tiene que confesar que por un lado no es independiente, y por otro, es responsable. Y hay más: no sólo es responsable de su propio destino, sino también del conjunto del cual se reconoce ahora como parte. Interiormente es autónomo y exteriormente es aliado. La soberanía de los Estados se ve ser un error, así como su subalternidad. Esta última desaparece cuando la primera es abandonada. No existe Estado que sea autónomo y al mismo tiempo responsable de la comunidad de naciones".

(*"Introducción a la Caracterología"*. Fritz Künkel, pág. 176. Edit. Victoria. Barcelona).

CARTA DE ITALIA

Por creerla de interés, en cuanto refleja una situación real de Europa y del mundo, transcribimos parte de una carta privada que envía, desde Roma, un seminarista argentino que está allá haciendo sus estudios teológicos. (N. del R.).

Después de la canonización de nuestra Santa sudamericana, nos fuimos a Montenero. Un lugar simpático, montado sobre Livorno, que como hija legítima de esta última merece en Italia el apodo de "piccola Russia", a pesar de que por encima de la región, sobresale medio barroco, medio renacimiento el famoso santuario de la Madonna Patrona de la Toscana. No podía caberle sobrenombre más ajustado. De los casi 15.000 obreros del astillero livornés, excepto unos 50 repartibles entre la Democrazia, el Acli y la Azione Cattolica, más otros pocos pertenecientes a los socialismos, son todos afiliados al P.C.I. Y si no, aprétese el cinturón fratello, que aquí no se come. Claro que ni siquiera con tessera muchas veces se come; como que hay 4.000 desocupados: (la población no ha de pasar de los 150.000) a quienes el P.C.I. les hace una gran gauchada esforzándose por mantenerlos en tal estado. Ojo, que estos datos no los invento; que son del Delegado Diocesano Obrero de la A.C. de Livorno. El 8 de septiembre y la semana siguiente, a la par de las fiestas patronales de la Madonna monterina, se le antojó a L'Unitá celebrar su fiesta, que no dejó de restarle romeros a la celestial Señora, que preferían el bailongo a la pontifical.

Y todo esto sin decirle nada de la significativa Pace, Pace, pregonada con cal y asfalto "nelle mura e nelle strade"; más significativa aún si se lee a continuación el ritornello de Morte a Truman, Morte a De Gasperi, Morte a tal o cual. Lo que me asustó sobremanera fué el saber que casi todos estos comunistas, no hace mucho, fueron fascistas; con la diferencia, como ellos mismos lloran, antes trabajaban y algo comían. Me asustó, le digo, porque la experiencia anterior no les sirvió para nada, sino que vinieron a caer en algo peor. Nadie, de seguro, les rezó el salmo "Qui confidit in Domino", ni les predicó aquello de San Pedro: "Tú sólo tienes palabra". Hay una falta de clero enorme; —ridículo parecería decir esto en Italia; pero en esta zona es cierto—; y el poco que hay está abrumado de trabajo. Y si no hay nadie que les enseñe, la pobre gente nunca sabrá aquello de ese "ex esse ad posse valet illatio", que no está mal traducido: "por lo que fué uno, calcula lo que podrá ser el otro". Terrible me parece que la falla de un hombre-capo haya traído aparejada la falla de gran parte de su pueblo. Yo no sé nada del fascismo; era muy pibe por aquel entonces; pero si por los frutos hay que conocerlo, no ha de haber sido gran cosa —por lo menos bajo muchos aspectos— ya que dejó un pueblo intelectualmente masificado, indiferente a cantar bajo la batuta de Benito o la de José. Esta parte ya no es del delegado; son pensamientos míos que querría me confirmase. Lo que sí oí decir, es que el Movimiento Sociale está arraigando de una manera alarmante (?) sobre todo en el elemento estudiantil, aunque la opinión pública no quiera atribuirle interés, y sólo cuente en la Cámara con uno que otro Onorevole, y ningún duce. Los intelectuales (ol decir) prefieren decirse apolíticos; sienten un "disagio" tal vez por cobardía, tal vez justificado; ya que se rumorean voces del "fallimento della Democrazia". Yo contemplo todo esto como un turista los jeroglíficos de un obelisco, sin entender jota. En la Argenti-





na no sabía aquello de "militia est vita hominum"; no sabía eso de desocupación, ni de pedir limosnas, ni del recíproco odio de "rossi contro i bianchi"; no había visto desfiles escoltando la estrella roja, ni tenía compañeros checos exilados, ni me encontraba en el hemisferio norte hermanado con Corea e Indochina, ni me encontraba tan cerca de la prisión de Mindszenty, etc., etc., etc... Ahora entiendo menos que nunca, pero sé que hay lucha, y que debemos aprestarnos para que no nos sorprenda el ladrón.

De vuelta en Roma, el aspecto cambia algún tanto. Se dice que el Comunismo cruje aquí y allá; que muchos sindicados a la C.I. G.L. se pasan a la C.I.S.L.; la propaganda roja parece haber pasado su cuarto de hora y queda en ridículo frente a la de los Comitati Civici. Pero lo más alentador es este Año Santo, que tanto puede ser el detente del brazo divino, como el adiestramiento previo a la gran batalla. Esta afluencia de pueblos es indescriptible; a lo siglo XX, con números astronómicos. No creo que los peregrinos puedan llevar allá una idea exacta. Lo que los franceses y alemanes están intentando en Strasburgo, que tanto molesta a los ingleses, se realiza a diario en esta Roma bendita, estando todos de acuerdo, sin discursos ni disputas. Entre todos los acontecimientos de este Año Santo: visitas jubilares, audiencias, beatificaciones y canonizaciones, congresos internacionales, discursos pontificios, descuella el Papa. Raro; un Papa siempre es un acontecimiento, pero más ahora. ¡Lo accesible que se ha hecho! Vd. algo vislumbrará por el Osservatore; como si su obsesión constante fuera el "confirma fratres tuos". No es poesía; todos buscan su mirada, como aquella que hizo llorar a Pedro. Junto a los peregrinos fervorosos como Juan, están otros trayendo señales de decadencia que renegaron como Pedro. San Pietro se hizo chica para vivar al Papa en las audiencias bisemanales. No raras veces se repite lo que una vez frente a la casa de la suegra de Simón: "Caído el sol, traen a los enfermos y endemoniados; y toda la ciudad estaba agolpada a la puerta" (Mc. 1, 32). Así ahora, las audiencias se extienden a la Piazza. Y cuando se escapó a Castel Gandolfo, como el Señor al desierto, vinieron los monseñores a quejársele como los apóstoles: "Todos andan buscándote". Y El que les responde: "eamus in proximos villicos ut et ibi praedicem; ad hoc enim veni". "Déjenme ir a ver a mis peregrinos para que les predique, pues para eso estoy". La moraleja de ésto que no es fábula: también en Castel Gandolfo hay audiencias. ¡Qué Papa! Si da ganas de llamarlo como en latín: Sanctissimus Dominus Noster, Nuestro Santísimo Señor.

Desde que he llegado, Roma me ha parecido como una Jerusalén, ciudad santa, pero ultrajada, cubierta de massebás dedicados a ciertas costumbres, modas, prensa, propias del neopaganismo del siglo. Pero a nadie se le oculta que viene el resurgir. No faltan los Macabeos a quienes el Santo Padre, cual otro Matatías, les ha dado la consigna. Ahora, hijos míos, mostraos celadores de la ley y dad vuestra vida por la alianza de nuestros padres (Mc. 2, 49). No otra cosa me parecen la Humani Generis y la Menti Nostrae. La consigna, por lo visto, es a nosotros, las tropas escogidas. Vista así Roma, es el otro polo de atracción de fuerzas espirituales de signo positivo, contrario al que percibía en Livorno. Roma, Livorno, dos ciudades alineadas codo a codo, mirando al Tirreno, extendidas sobre campiñas, rodeadas de colinas, regadas por dos ríos, el Tiber y el Arno, de ideologías terriblemente opuestas y terriblemente fuerte. Y sólo a seis horas de camino. Es el mejor signo de la tempestad que amenaza. Basta que el "scirocco" sople un poco más, para que descargue.

SOBRE EL "HUMANISMO INTEGRAL"

En la Civiltá Cattolica (1.7.50) el R. P. Messineo de la Compañía de Jesús publica un artículo con el título Subjetivismo y Libertad Religiosa, *en el cual califica al "Humanismo Integral" de "verdadero y propio naturalismo total". Transcribimos los párrafos pertinentes. (N. de la R.).*

Bueno, se dirá: concedemos que haya que tomar como criterio de la moral y del derecho la verdad ontológica tal como se presenta objetivamente y no como subjetivamente se cree que sea, y reconozcamos, por lo tanto, al pensamiento medieval una posición teórica correcta. Sin embargo, no podemos menos que haceros observar que navegáis en la estratósfera, en lo abstracto, donde parecen tenerse en pie las deducciones lógicas; pero si bajáis al campo práctico, os daréis cuenta de que en la sociedad contemporánea existen muchísimas y diversísimas profesiones religiosas que afirman de buena fe poseer la verdad, fundamento del derecho. Ahora bien, para distinguir cuál sea entre ellas la única verdadera, a la que vosotros afirmáis que únicamente corresponde el derecho, es preciso un criterio discriminativo, imposible de encontrar en el plano temporal y mundano, que se rigen con criterios humanos, porque sólo la revelación puede decir cuál es esa verdadera religión, y ésta, a su vez, debe suponerse fuera del sector de la vida social a causa de su carácter trascendente. No hay que mezclar lo profano con lo sagrado. Si, pues, la tesis que enunciáis puede ser verdadera en abstracto, concretamente la falta de un criterio humano y racional para distinguir la religión verdadera de las falsas obliga a reconocerlas a todas como igualmente verdaderas, concediéndoles una indiscriminada igualdad jurídica.

Parecería que este razonamiento no tiene una sola grieta, y, sin embargo, si bien se mira, sus juntas se revelan muy defectuosas. Hay que observar, ante todo, un concepto nuevo, que juega hábilmente en el razonamiento, y es el de que lo temporal y mundano está separado, por un foso imposible de colmar, de lo espiritual y trascendente, de modo que no es posible ningún contacto directo entre los dos órdenes, como entre dos planos paralelos, que no se encuentran jamás ni permite el paso del superior al inferior. Sobre esta separación se funda la afirmación según la cual un criterio revelado, válido en el plano superior de la trascendencia, no puede emplearse en el inferior de la vida temporal y mundana.

Esta teoría, sólo recientemente aparecida en el escenario histórico, merecería por sí sola un largo y detallado examen para reducirla a sus justos límites; no siendo esto posible al presente, nos limitamos a observar que, si no se está muy atento al establecer con exquisita exactitud el sentido de la separación afirmada entre el orden trascendente de la fe y el orden humano y social, se corre el peligro de resbalar hacia el naturalismo integral, con el que resulta incompatible todo influjo del mensaje cristiano a la vida pública. Y el peligro no es puramente hipotético a la verdad. El humanismo integral propuesto por algún escritor como fundamento de las relaciones colectivas en el plano de lo temporal, no es en sustancia otra cosa que un verdadero y propio naturalismo total, porque los principios que lo gobernarían no serían otra cosa que un hallazgo de la pura razón, descubierto bajo el influjo estimulante del Evangelio, de donde deriva después aquella distinción entre cristianismo y cristiandad, con la que la separación entre lo espiritual y lo temporal se convierte en sistema.

....

La moral como el derecho, en cuanto que éste es la parte de la ley que toca a las relaciones de ser tal que el pensador católico deba considerar bajo la luz de la revelación: otros términos, en la única economía históricamente existente, la moral es moral teológica, no habiendo existido jamás de hecho, según la revelación, la pura naturaleza racional. Si nos mantenemos firmes en este principio dogmático, se concluye y debe concluirse que la separación entre lo espiritual y lo temporal no puede ser tal que el pensador católico deba excluir la orientación esencial de toda la vida humana, individual y social, hacia el orden trascendente y la nueva naturaleza que por eso mismo vienen a asumir las normas morales y jurídicas.

EL MITO

Los últimos acontecimientos suscitados por nuestra política interior continúan reflejando fielmente el hedonismo materialista que apresa a los argentinos de hoy que no piensan ya sino en la satisfacción de los más subalternos intereses. La disimulada alegría que en ciertos sectores de la opinión pública causaba hasta hace muy poco el incesante retroceso de las fuerzas que a las órdenes del general Mac Arthur luchan en Corea tiene una profunda vinculación —por ejemplo— con la actitud desaprensiva con que se recibiera la ley sobre espionaje y sabotaje contra el Estado, recientemente sancionada por el Congreso. Y en todo caso muchos de aquéllos a quienes la exitosa reacción relámpago del ejército aliado produjo un respiro promisorio pudieron continuar descansando en la ilusión de la imperturbable grandeza potencial o efectiva de nuestra nación que aguantara toda clase de exacciones, servidumbres económicas y políticas, atropellos a las garantías de los ciudadanos, inconducta internacional, y muchas otras ominosas calamidades. Desde luego tampoco faltaron aquéllos que abrigaran la esperanza de que el país se convirtiera una vez más en el veterano alimentador de fuerzas combatientes, aunque eso sí, esta vez calculando el riesgo de que aquella función podría aparejar la de la participación efectiva en el conflicto.

Curioso mito este de la Argentina grande. Curiosas, también, las decisiones conscientes y subconscientes que determinan la sustracción de aquélla de los últimos conflictos en que, de uno u otro lado, radican sus intereses. Quizá su explicación precise la reforma de toda la historia oficial y un meditado justiprecio de las posibilidades presentes que expongan al desnudo sus reales bienes espirituales y materiales. Cosa sabida es que los países alimentan sus ilusiones para no desafiar su infortunio actual o posible. Pero en nuestro caso se ha incurrido voluntariamente en un esfuerzo tan desmedido que cuando queremos recobrarnos de tales ilusiones no hallamos medios eficaces para ello a causa, principalmente, de haber cedido en sobrada medida al cercenamiento de nuestras libertades públicas. Como decía Maquiavelo "ocurre con esto lo " mismo que los médicos dicen de " la tisis, que al principio es un " mal fácil de curar y difícil de " conocer, pero que, con el progre- " so del tiempo, no habiéndola co- " nocido ni medicado al principio, " pasa a ser fácil de conocer y di- " fícil de curar" (El Príncipe, cap. III).

El espíritu público argentino ha participado con las naturales variaciones de vigor en todo el desarrollo material y espiritual de la nación. Desde el gobierno o frente a él ha tratado de orientar y componer los intereses particulares con el interés de la sociedad nacional. Su proceso de extinción no principia sino muy cerca de nosotros. Si se prescinde de los antecedentes más remotos que deter-

minan con mayor o menor fuerza el agobio de nuestra conciencia cívica quizá pudiera señalarse la crisis del espíritu público alrededor del año 30. En efecto, la revolución de setiembre se consideró obligada a reducir el número de los ciudadanos que hacían la política del país o en ella influían, privando con la mayor brusquedad el acceso al conocimiento y actuación de aquélla a quienes hasta ayer nomás lo poseían. Y esta privación pecó de indiscernimiento. El cambio del régimen político en el orden interno —aunque no en lo internacional— operado en el año 43 incurrió en la misma brusquedad pero en sentido opuesto, pues desbordó al pueblo indiscriminadamente en el manejo de los negocios públicos. Ni en uno ni en otro de estos bruscos trueques —de la oclocracia por la oligarquía y de la oligarquía por la oclocracia— se previeron las necesarias selecciones ni las consecuencias funestas que recaerían sobre el espíritu público nacional. En espacio de pocos años éste se vió sometido a la consecuente insensibilidad de quien sumerge su mano, sucesivamente, en recipientes de agua caliente y fría. El destemple que estas fluctuaciones demasiado violentas causaron al ejercicio de la ciudadanía de los argentinos explica en gran parte la extenuación del espíritu público.

El tiempo comienza a castigar las ilusiones de grandeza como si fueran injusticias. En rigor lo fueron; aunque a medias. El país, es indudable, tenía enormes posibilidades para cumplir un gran destino. Pero las estructuras sociales como la opinión pública se fueron construyendo sobre la base de ficciones. Los padres de la patria excomulgaron a quienes no participaban en la ecuación fundamental del liberalismo, a saber, que la libertad es el mayor de los bienes con cuya obtención los demás se dan por añadidura. Según ellos la libertad y el progreso valían más que la grandeza política del país; en todo caso que con las primeras se daría la segunda. La primera consecuencia fué que mediante el goce cada vez más nominal de aquéllas la grandeza nacional fué quedando proporcionalmente postergada. La segunda consecuencia coincidió con el empequeñecimiento del país en todo sentido frente al cual la dialéctica de la misma nación hizo necesario cercenar las libertades públicas para disimularlo. Lo cierto es que ni en una ni en otra ocasión se detuvo la inflación del mito de la grandeza nacional.

Hoy cuando más inciertas a nuestra vista aparecen las perspectivas —espirituales y materiales— del país, unos siguen satisfaciendo su orgullo con especulaciones equivocadas sobre el promisorio destino nacional; otros continúan apaciguando su atormentada conciencia con la fe providencial: en medio de los unos y los otros quedan los desafortunados que gimen por el drama que se desplaza en torno.

TOMÁS INFANTE

SISTEMAS FILOSOFICOS CONDENADOS

Con la presente entrega ponemos fin a este estudio de los sistemas filosóficos condenados en la "Humani Generis". (N. de la R.).

Historicismo: Es el historicismo una de las más profundas características del espíritu de nuestra época, una de sus grandes conquistas y una de sus grandes limitaciones. Una de sus grandes conquistas, en cuanto le ha permitido la mejor comprensión de una dimensión esencial del ser humano; una de sus grandes limitaciones en cuanto encubre un relativismo desolador y es consecuencia de un gran oscurecimiento metafísico.

Niega el historicismo la existencia de verdades o valores inmutables e intemporales: todas ellas y todos ellos están inevitablemente adscriptos a una fecha, a una situación determinada en el tiempo y en el espacio, y sólo para ella han de pretender validez. El historicismo es, así, una forma de irracionalismo y de disimulado escepticismo. Sólo reconoce al hombre una apertura hacia el pasado, otra hacia el futuro y otra, también, sobre los otros hombres y sobre el medio en que vive, pero que sólo alcanza lo singular, contingente y cambiante, y una cierta capacidad interior de transformación de los contenidos recibidos del pasado o del medio. Pero ninguna apertura hacia el ser y su estructura absoluta y permanente le reconoce. Por eso, toda doctrina o posición espiritual religiosa o filosófica, han de explicarse para el historicismo sólo por la influencia del pasado y de la sociedad circundante, que proporcionan a determinados hombres ciertos contenidos que ellos transforman parcialmente por su actividad interior para transmitirlos después a otros, pero nunca por una apertura no deformante hacia el ser o hacia Dios por la que el hombre pueda aprehender o recibir contenidos de intemporal verdad aunque él, como ser corpóreo, esté adscripto al tiempo y al espacio. Así, el cristianismo no se explicará por una Revelación, por una manifestación de Dios en el mundo y en el hombre, sino por otras doctrinas antecedentes y contemporáneas, combinadas de diversos modos y alteradas por circunstancias sociales y ambientales.

Así, la filosofía de un Platón, un Aristóteles o un Plotino no se explicarán por un entender, un ver con el intelecto lo que *es*, que hayan alcanzado estos autores y legado para siempre a la humanidad, sino exclusivamente por las influencias histórico-sociales recibidas. El historicismo nace también de la disociación de realidad e inteligencia.

Negado el valor real de lo universal-necesario, sólo habrá *hechos* contingentes, en continuo devenir. La filosofía se transforma en historia de los sistemas filosóficos. Kant ya había negado alcance ontológico a las categorías del entendimiento humano, pero aún las consideraba inmutables. Hegel, al negar toda realidad trascendente al entender humano no pudo ya considerar la verdad como una "adaequatio rei et intellectus", por desaparición de la "res"; por ende, todo sistema intelectual era a su modo verdadero; la conformidad con lo real quedaba sustituída por la integración, como momento parcial y necesario, de un sistema en el devenir total del intelecto humano autónomo y creador. La filosofía empezaba a transformarse en historia.

Pero Hegel aún creía en una estructura necesaria y conceptualizable de ese devenir, y en una culminación del mismo en la doctrina absolutamente verdadera: la hegeliana. El historicismo propiamente dicho se formará cuando al kantismo y al hegelismo se unan influencias del irracionalismo romántico, del nietzcheano, del positivismo y del progresivo y excluyente estudio de la historia y la sociología. Entonces no sólo se negará el valor ontológico de las categorías o formas del intelecto: se proclamará su esencial relatividad y variabilidad. Comprender por una especie de intuición simpática el devenir irremediable de todo en la historia será la labor del filósofo. Dilthey, Simmel, Spengler son prototipos de historicistas. Al historicismo pagan largo tributo todos los pensadores contemporáneos no escolásticos; así, por ejemplo, los existencialistas y los orteguianos españoles.

El historicismo encierra un grave oscurecimiento del intelecto humano, porque viene a negar implícitamente que haya algo *naturalmente conocido* y *natural e inmediatamente evidente*, y que el entendimiento pueda elevarse por sobre lo que su época le proporciona o juzgarlo y, por ende, que sea capaz, verdaderamente, de *entender*. Encierra, por lo mismo, la negación de la validez y evidencia natural del principio de contradicción, y recae en posiciones desde hace muchos siglos definitivamente refutadas por el genio de Aristóteles. En materia de teología natural lleva a la negación de la validez de las demostraciones de Dios, y en la sobrenatural, a quitar todo sentido trascendente y ontológico al contenido de la Revelación y de los dogmas.

Irracionalismo: Varios de los sistemas examinados son irracionalistas: así, el historicismo, el existencialismo, el pragmatismo, y, en cuanto a la "cosa en sí", el idealismo crítico. Toda la filosofía contemporánea está afectada en mayor o menor grado por él. Nace de la negación del valor ontológico de la inteligencia. Por ello debe emplear otros métodos para alcanzar lo real (así, por ejemplo, la intuición bergsoniana). El irracionalismo tiene las siguientes consecuencias en el ámbito de la teología natural o sobrenatural: 1º) negación de la posibilidad de pruebas racionales de la existencia de Dios, como coronación de la filosofía y como preámbulo de la Fe; 2º) negación de la existencia de lo inteligible en lo real y de la relación esencial a lo real de la inteligencia, y, por ende, negación virtual de que realidad e inteligencia sean reflejo de Dios, Ser realísimo y Pensamiento del Pensamiento, y de que lleven sus marcas, respectivamente, en forma de inteligibilidad e inteligencia, hechas para unirse y completarse y reconstituir así, de algún modo, la suma identidad dada en su común Fuente; 3º) imposibilidad de discernir muchos motivos de credibilidad, como el milagro, que supone la posibilidad de que se conozca hasta dónde llegan las capacidades esencial-naturales de lo creado, y que las trasciende y es indicio necesario de la acción especial de Dios; 4º) falta de sentido ontológico del contenido de la Revelación y de los dogmas, que se expresan en lenguaje conceptual, y reducción de los mismos a meros símbolos humano-pragmáticos; 5º) negación de toda inmutabilidad dogmática.

Una forma de *irracionalismo* es la que adjudica valor cognoscitivo a las *facultades afectivas y apetitivas*. Ya Kant postulaba, por vía no cognoscitiva, y por exigencias de la "razón práctica", la existencia de Dios, del libre albedrío y de la inmortalidad del alma. Una de las ramas del neokantismo acudirá a *valores* irracionales como fundamento de la ética. Es que la razón ha sido confinada al campo de lo físico-matemático fenoménico. La metafísica, imposible, ya no puede fundar la ética. *Scheler* hablará de una intuición emocional de los valores. El modernismo recurrirá a un conocimiento religioso por vía no intelectual. Tales doctrinas son insostenibles y funestas. Insostenibles, porque "nihil volitum quin praecognitum": nada puede ser querido sin ser conocido previamente. En efecto: no se puede querer sin querer algo. Ese *algo*, pues, de algún modo nos debe ser presente para poder quererlo. Mas entonces no puede sernos presente por el querer mismo, que presupone esa presencia, sino por facultades cognoscitivas: sentidos externos, imaginación, intelecto. Son funestas porque tarde o temprano caen en puro subjetivismo y relativismo: en efecto, llamamos inteligencia a la facultad por la que nos son presentes los seres con validez objetiva, necesaria y universal. Mas si ella es inválida, las demás —que la presuponen— no pueden sacarnos de nuestra subjetividad. Una volición sin objeto, una emoción sin razón de ser, un afecto sin conocimiento, en el caso de ser posibles, no nos darían apertura alguna sobre lo que objetivamente es.

Evolucionismo: Hay un evolucionismo *filosófico* que consiste en una reedición, bajo forma ya idealista (Hegel), ya vitalista (Bergson) de la vieja filosofía del devenir de Heráclito. Esta filosofía evolucionística universal niega todo ente inmutable, y hace surgir el acto y lo perfecto de la potencia y lo imperfecto sin necesidad de la influencia de un ser en acto, preexistente. Por ello, viene a negar la distinción entre Dios (Acto Puro, motor inmóvil), y las creaturas, compuestas de potencia y acto, y que sólo pueden llegar a existir y a desarrollarse bajo la influencia de aquél Acto Puro. El Dios todo evolucionístico se desarrolla a sí mismo por su misma actividad intrínseca, y, en su devenir, produce todas las cosas que son sólo momentos y manifestaciones de su eterno proceso. De ese modo, este evolucionismo es *monista* (una sola realidad substancial) y *panteísta* (el Absoluto, Dios, y lo relativo, limitado y cambiante se identifican).

En el campo de las ciencias llamadas "positivas", el evolucionismo es una hipótesis para la explicación del origen de las diversas especies de seres vivientes, por un desarrollo a partir, ya de otros seres vivos, ya de materia inanimada. Cuando se propone dogmáticamente, y como explicación *universal* viene a identificarse con el evolucionismo filosófico, siempre que no afirme que esa evolución hácese bajo el influjo y dirección de una Causa Primera trascendente.

En realidad, en esta materia deben distinguirse con cuidado varias cosas: a)

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Venezuela 649 T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz. San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.—
Número atrasado	"	2.—
Colección del año 1949	"	30.—
Colección encuadernada del año 1949	"	40.—
Suscripción anual	"	24.—

los indicios de una evolución, b) las hipótesis científicas construidas sobre esos indicios, c) la realidad de la evolución, y, en cuanto a esto, c') la evolución como hecho aparente sensible, y c") la evolución como realidad ontológica; y, respecto de lo último, d) las explicaciones ontológicas de la evolución, y finalmente, e) los límites de esa evolución.

Los indicios (a) de la evolución consisten en fósiles, en similitudes y correlaciones de organismos, etc., que pueden inducir a la hipótesis (b) de una cierta relación de descendencia entre determinadas especies y organismos, y aún a una doctrina semejante aplicada a todas las especies siempre que, ni pretenda ser más que una hipótesis, ni se erija en explicación ontológica de la evolución y quiera excluir una causa y finalidad trascendentes. La realidad (c) de la evolución tendríase en el caso de haberse comprobado suficientemente ese "factum", con tal o cual extensión, más aún habría que distinguir la evolución como hecho aparente sensible (c'), esto es, el que un observador externo supuesto hubiera podido ver una continuidad sensible en la génesis de las especies, de (c") la realidad ontológica de la evolución, que, aún dada aquella continuidad sensible podría haberse realizado de distintos modos y bajo aquella continuidad exterior, ocultar discontinuidades metafísicas, esto es, un origen trascendente de determinaciones y perfecciones aparentemente surgidas de seres anteriores, para los sentidos. Esto da origen a (d) las explicaciones ontológicas. Si se pretende, sin más, que de lo menos surge lo más, el acto de la pura potencia, la forma de la materia, lo perfecto de lo imperfecto, sin el influjo de un Acto Puro separado, se viola el principio de no contradicción y se cae en el evolucionismo como sistema filosófico, ya mencionado. Si se admite esa influencia del Acto Puro, todavía queda por determinar, si, bajo esa influencia, surgen realmente *todas* las determinaciones y perfecciones que van apareciendo de la potencia pasiva de seres anteriores, con continuidad *ontológica*, aunque trascendentemente movida, de la evolución; o, si por el contrario, para algunas de ellas la continuidad es *puramente sensible*, pero en realidad la nueva perfección es, no sacada de la potencia del ser o seres preexistentes, sino creada por Dios e inmergida en un ser cuando su materia está suficientemente preparada, o, si, aún, *ni siquiera* se da esa *continuidad sensible*. Los límites (e) de la evolución, pueden referirse, o al origen trascendente total (creación) de esa nueva perfección, pero con continuidad exterior-sensible, o a un verdadero "hiatus", aún sensible, es decir, a un *corte* en el devenir aparente. Finalmente, debe tenerse en cuenta que, no demostrada aún ni siquiera la realidad sensible de la evolución, las explicaciones *ontológicas* quedan como *hipótesis filosóficas* para el caso de haberse dado, de hecho, aquella realidad.

El Pontífice condena el evolucionismo filosófico monista y panteísta, en el sentido que hemos indicado más arriba. Fuera de él, se pronuncia acerca del origen del *cuerpo* humano a partir de una materia *viva* preexistente, y no lo condena, pero prohibe dar por cierto lo que sólo debe ser hipótesis, pues la base inductiva es aún insuficiente. De allí que en esto esté implícitamente condenada la doctrina y aún la hipótesis de un origen del *alma humana* de una *materia viva* o *no viva* preexistente. En efecto, y aparte de razones teológico-sobrenaturales, es imposible que una realidad espiritual —como se prueba a partir de sus actos de conocimiento y volición— como es el alma provenga de la materia. Pero ¿está condenada la *continuidad externa y aparente* de la evolución en esos casos o sólo la *continuidad ontológica?* En el caso del alma, es evidente que sólo lo segundo, pues si no se condena —aunque se prohibe dar por cierto y probado— la hipótesis de un origen animal del *cuerpo* humano, no se condena la existencia de una continuidad exterior y aparente entre el animal y el hombre, ya que es el cuerpo lo único que exteriormente se ve.

Pragmatismo: Ya habían advertido Aristóteles y Santo Tomás [1] que si nada superior al hombre existiera, y fuera éste el supremo de los seres, no sería la sabiduría contemplativa (metafísica-teología) la más alta actividad del hombre —pues no habría seres superiores a él que contemplar— sino su actividad práctica, pues resultaría ésta el despliegue, el acto último del más perfecto de los seres. Esta necesaria consecuencia llegó, por obra del movimiento antropocéntrico de la modernidad, a realizarse y producir sus efectos en la historia y en la humana condición [2]. Así, aquél movimiento llevó siempre en sus entrañas un pragmatismo —primacía de la práctica o acción frente a la contemplación y sabiduría— virtual, aún antes de florecer en el pragmatismo propiamente dicho como posición filosófica y religiosa. En el Renacimiento, es clara la tendencia práctica y meramente terrena del movimiento humanista. A principios de la Edad Moderna, Bacon y Descartes orientan también la filosofía hacia la práctica, hacia el dominio técnico de la naturaleza en pro del hombre como hacia su supremo fin. Scheler ha hecho ver perfectamente la naturaleza práctica, mezcla de ciencia y técnica, de la físico-matemática moderna. Kant, por su parte, sobrepone la razón práctica a la teórica, encerrada en el límite de los fenómenos y sin alcance metafísico. Fichte sostiene que el yo "pone" al no-yo tan sólo para darse un escenario en qué ejercer su libre actividad práctica. Hegel hace culminar su filosofía en la glorificación del Estado, síntesis suprema del Espíritu Objetivo, y, en consecuencia, suprema manifestación de la Idea divina sobre la tierra. Mientras tanto, en Inglaterra se difunde el utilitarismo, con Bentham (inspirador, junto con el ideólogo materialista francés Destutt de Tracy, de Rivadavia y sus reformas). Las finalidades puramente prácticas del positivismo de Comte, Spencer y otros son también evidentes y confesadas. Por la misma época, el socialismo, ya "utópico" de Saint Simon y Fourier, ya "científico" de Marx y Engels, coincidiendo en esto —como hoy— con su adversario el capitalismo, creen fervientemente en la "liberación" de la humanidad por la técnica y la industria.

Pero el pragmatismo propiamente dicho es producto de fines del siglo XIX y principios del XX. Surge de la combinación del agnosticismo kantiano y positivista y su negación de la cognoscibilidad de la "cosa en sí", con las incoercibles tendencias humanas, volitivas y afectivas, hacia esa cosa en sí, y, sobre todo, hacia Dios, supremo ser en sí, causa y fin de los demás. De dicha combinación resultan estas tres tesis fundamentales, que, siguiendo a Thonnard [3], nos servirán como definición de la actitud pragmatista: "1°) *Agnosticismo absoluto*: La inteligenciar humana es radical y totalmente incapaz de conocer lo real; 2°) *Verdad utilitaria*: Las concepciones intelectuales sólo tienen valor en la medida en que favorecen la vida y su desarrollo; 3°) *Conocimiento sentimental*: El sólo medio de alcanzar la verdad objetiva es el sentimiento o la acción". El más conocido de los filósofos pragmatistas es el norteamericano William James (1842-1910). Comparte la opinión positivista y kantiana —en su época casi un lugar común, algo obvio— de que nuestra inteligencia no alcanza el ser en sí, y entonces proclama que la verdad consiste en la utilidad, que toda idea es verdadera en la medida en que es provechosa —en el más amplio sentido— al hombre. Realizando estudios de psicología, rechaza la doctrina asociacionista, y ve en el cerebro y sistema nervioso, más que el sustrato y causa de los fenómenos psíquicos, como sostenía el materialismo, un instrumento a cuyo través obra la consciencia. Por debajo de ésta, se halla el amplio y oscuro campo de la subconsciencia. Dedicado al estudio de las experiencias religiosas, ve en el fenómeno de la conversión un súbito surgir a la conciencia de un proceso previo y largamente gestado en la subconciencia. El creyente cree en la intervención de una Potencia superior, y James admite que ese Divino se halla en la subconsciencia, ser o yo más grande que nuestra personalidad consciente. Adopta una posición simpática a la religión. De acuerdo con su teoría de la verdad, aquélla es verdadera en cuanto es útil, en cuanto trae al que obra aliento, ayuda, consuelo, estímulo. Siempre desde ese punto de vista, prefiere la doctrina de un Dios finito, con el que cooperamos y que no plantea problemas con respecto al cómo de nuestro libre albedrío frente a él, y sostiene que debe prestarse más atención de la que comúnmente se presta a la hipótesis politeísta, de acuerdo en esto con su pluralismo, esto es, su admitir una pluralidad irreductible de seres, fenómenos o estados en contra de todo monismo. Los dogmas religiosos son verdaderos también en la medida en que son útiles, y su verdad consiste en señalar una dirección al obrar. En este sentido, deben conservarse los atributos morales de Dios —santidad, justicia, bondad, providencia—, mientras que los puramente metafísicos como eternidad, aseidad, necesidad, inmaterialidad, infinitud, etc., carecen de sentido pues "¿qué importan para la vida del hombre?" [4]. A James siguen hoy, en Inglaterra, Schiller, propugnador de un empirismo "humanista" en el que se adopta el principio del sofista griego Protágoras "el hombre es la medida de todas las cosas", y, en Estados Unidos, Dewey, pero en un sentido materialista y tecnicista que no era el de James, y cuya filosofía es casi oficial en muchas universidades e institutos norteamericanos [5].

Una infiltración del pragmatismo en teólogos católicos —Tyrrell, Loisy, Turmel, Le Roy, Wilbois, von Hugel, Fogazzaro, etc.— dió origen al movimiento llamado *modernismo*, de principios de nuestro siglo. Despreciando, por sus convicciones agnósticas, las pruebas tradicionales, intelectuales, de la existencia de Dios, las sustituía con una experiencia inmediata de lo divino en nuestro interior, y reducía los dogmas a meros símbolos conceptuales de esa interior experiencia, fijados con fines de utilidad individual y social por la autoridad religiosa. Dichos dogmas no tenían alcance alguno ontológico, no nos decían lo que Dios *es*, sino tan sólo uno práctico, en cuanto daban una dirección al obrar. Así "Jesús es Dios" sólo significaba que debíamos comportarnos a su respecto como si lo fuera; en cuanto a si lo era ontológicamente, nada podía decirse, pues sólo se podía asegurar que había sido un hombre en quien la experiencia interior de lo divino había alcanzado una intensidad superior en mucho a la común. Dios se revelaba, en esas experiencias, como inmanente al hombre, y así lo afirmaba el filósofo, pero el creyente tenía *derecho* a sostener su trascendencia traduciendo su propia experiencia religiosa. No tenían valor los milagros, las pruebas históricas de la Revelación, ni sus presupuestos racionales; por ende, la apologética sólo podía ser inmanente, esto es, mover hacia la fe por el acuerdo de la religión cristiana con las tendencias y apetencias del alma humana.

Su Santidad Pío X condenó el modernismo en la encíclica "Pascendi" (1907). En ella tacha de heréticos al agnosticismo y a la doctrina de la indemostrabilidad de la existencia de Dios, a la afirmación de que Dios sólo metafóricamente es inteligente, libre, misericordioso; a la búsqueda de la explicación del hecho religioso sólo en el hombre mismo, en la inmanencia vital de su subconsciencia, etc., y señala sus consecuencias panteístas. Es que el modernismo disolvía la trascendencia y sobrenaturalidad de la religión cristiana al no ver en ella ya una verdadera revelación del Dios trascendente a la creatura humana, sino sólo un surgir de lo divino-subconsciente en su alma; disolvía también el sentido de los dogmas, como vimos, y los hacía esencialmente modificables a compás de las variaciones de la experiencia religiosa; reducía la inteligencia al mundo de los fenómenos y no veía ya en ella una participación del Intelecto increado, y una capacidad de conocimiento del ser en cuanto tal y por ende de todo ser. Los modernistas, con buena intención a veces, quizá, venían sin embargo a reducir al catolicismo, único amparo del hombre moderno perdido en su soledad e inmanencia desesperados por culpa de su antropocentrismo, en una manifestación más de esa inmanencia, y así, con el fin de "salvar" a la Iglesia, la vendían al mundo y a sus errores, cuando la verdad es ella, la única que, conservando el oro puro de su doctrina trascendente, tiene algo que ofrecer al mundo para su salvación. Algunos restos de modernismo, muy atenuados, en cuanto ya no atacan el valor de los dogmas, sino de la teología escolástica que de ellos parte para deducir otras conclusiones utilizando como instrumento la filosofía aristotélico-tomista, aparecen en la "théologie nouvelle" y son alcanzados por la nueva encíclica.

Vinculadas al pragmatismo se encuentran las filosofías de Bergson y de Blondel, pero de él se diferencian, la primera, en cuanto otorga un valor teórico, contemplativo, y no sólo práctico a la "intuición" con que pretende sustituir en metafísica a la inteligencia, limitada a funciones científico-positivas y prácticas; y la segunda, en que adopta el método de la inmanencia como método tan sólo, y para descubrir en esa inmanencia la exigencia del existir de un Trascendente. Pero ambas son antiintelectualistas en exceso, y la segunda, cuando distingue, como dijimos, entre conocimiento *real*, o vivido, y conocimiento nocional, pone en peligro la demostrabilidad de la existencia de Dios, y, al querer hallar en la inmanencia la exigencia de lo sobrenatural —sobre todo en las primeras obras de Blondel— puede llevar a la negación de la estricta sobrenaturalidad de la gracia y la revelación.

JUAN F. SUÁREZ, O. P.

---

[1] ARISTÓTELES, *Etic. Nicom.*, c. 7, 1141 a 20; S. TOMÁS, *In Ethic.*, l. VI, lect. 6, 1185-1188.

[2] Sobre la realización en la E. Moderna de lo previsto por Aristóteles y S. Tomás, cf. DE KONINCK, *De la primauté du bien commun*, Québec, Montreal, 1943, pp. 81-123.

[3] *Précis d'Histoire de la Philosophie*, nouvelle édit. revue et corrigée, Desclée, Paris, Tournai, Rome, 1945, pp. 864 ss.

[4] Thonnard, *Op. cit.*, pp. 868 ss.; Bochenski, I. M., *"La filosofía actual"*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949, pp. 124 ss., GARRIGOU-LAGRANGE, R. *"El sentido común"*, Desclée, Bs. Aires, 1944, y *"Dios"*, Emecé, Bs. Aires, 1950.

[5] Describe con mucho color ese ambiente THOMAS MERTON en su leída novela autobiográfica *"La montaña de los siete círculos"*, trad. castell., edit. Sudamericana, Bs. Aires, 1950.

SUMARIO